

ser humano no es solamente biológica, sino que también hay una herencia cultural. Y por este motivo se termina por afirmar que «el ser humano es un simio, sí, pero con tradiciones acumulativas» (p. 430).

La décima sección se centra en los neurocientíficos. En ella se estudia a John Carew Eccles, Eric R. Kandel, Rita Levi-Montalcini, Benjamin Libet, Santiago Ramón y Cajal, Charles Scott Sherrington. El sobresaliente escrito sobre Kandel, realizado por José Domingo Vilaplana, concibe desde una breve biografía, pasando por el psicoanálisis, hasta como el «humanismo científico» de Eric Kandel. Sobre este último término, parece que Kandel dejó de manera clara que se refería a «un humanismo esclarecido desde el conocimiento de las bases biológicas de la mente» (p. 454). Esto aporta luz sobre el optimismo científico de este autor, creador del nuevo paradigma científico (la llamada biología de la mente) que unifica a la psicología cognitiva y a la neurociencia.

Por último, la undécima sección está dedicada a la lingüística. Ciertamente, solo hay un trabajo sobre Noam Chomsky. Está redactado por Mariano Asla. Cuenta con una breve biografía sobre el padre de la gramática generativa, otro sobre el lenguaje, y finalmente, uno sobre la naturaleza humana. En este último, la argumentación de Asla es muy considerable. Expone que los famosos pensamientos políticos de Chomsky son fruto de su concepción antropológica. Esto se debe a que en general, cualquier intelectual que quiera desempeñar con seriedad su tarea debe comprender que «la noción de naturaleza humana resulta inescapable» (p. 511). Así, considero que este realce de la antropología es, sin lugar a duda, uno de los puntos más fuertes de este capítulo porque nos invita a realizar nuevas lecturas de la obra de Chomsky.

En conclusión, aunque esta reseña haya bosquejado por capítulos concretos de cada sección por motivos de extensión, la verdad es que el libro en su totalidad es muy recomendable. Ver más allá de una teoría científica conociendo al científico que la formuló, su cosmovisión, es una lección que debemos aprender del siglo pasado para no olvidar la necesidad de la interdisciplinariedad en las ciencias.

ANDRÉS ORTIGOSA
Universidad de Málaga

GODFREY-SMITH, P. *Metazoa. Animal Life and the Birth of the Mind*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2020, 335 páginas. ISBN: 9780374207946.

Uno de los retos fundamentales que afronta la filosofía de la biología en la actualidad es entender la mente animal. La idea de que, si los humanos tienen

mentes humanas, los miembros de otras especies tendrán mentes propias y específicas de su propia especie no es nueva, lleva asumida desde que se logró romper con los prejuicios predarwinistas, según los cuales era impensable aceptar que el ser humano no fuese la única especie digna de considerarse “racional”. Dentro de este contexto, se sitúa gran parte de la reflexión filosófica de Godfrey-Smith, quien, hace cuatro años, publicó *Other Minds: The Octopus and the Evolution of Intelligent Life*. En este libro, el filósofo y experto buceador nos dejaba acompañarle en una exploración de la mente del pulpo. ¿Cómo desarrolló esta especie, con una esperanza de vida de apenas dos años, una inteligencia tan sobresaliente? ¿Cómo funcionan sus mentes? ¿Es, de hecho, posible descubrirlo? Todas estas preguntas se plantean en una obra en la que el principal objetivo no es dar respuestas definitivas y fijas, sino abrir cuestiones y proponer un punto de partida en el estudio de las otras mentes. Se trataba, en definitiva, de explorar la evolución de la mente guiados por un grupo de animales específicos: los cefalópodos. Partíamos de encuentros con estos animales dentro del agua, encuentros en los que su complejidad instó a Godfrey-Smith a intentar comprender lo que sucedía dentro de ellos. Este intento fue el que le llevó a trazar su camino evolutivo, que nos condujo a un evento crucial hace unos 500 millones de años: una bifurcación en la genealogía de la historia de la evolución de los animales que separaba dos ramas: la del pulpo (y otras especies) por un lado, y la nuestra.

Metazoa supone una continuación de este ensayo, en el cual, no sólo se parte de lo que se concluyó en *Other Minds*, sino que se intenta profundizar y seguir abriendo el camino que se quedó entreabierto: recorrer esa historia evolutiva no sólo con los cefalópodos, sino con el resto de especies del reino animal. El principal objetivo del autor es entender cómo la experiencia surgió en un primer momento y, para ello, recorre la historia de la vida animal desde sus comienzos, intentando aprender algo de cada especie en el camino. Godfrey-Smith no sólo intenta entender su historia, sino las diferentes formas de subjetividad que existen a nuestro alrededor. En este sentido, la pretensión del libro no es recopilar información en un sentido enciclopédico, sino identificar los momentos clave en la historia de la evolución en los que la mente surge y cambia.

Hay que hacer una especial mención al capítulo uno, en el que el autor contextualiza y detalla lo que pretende conseguir con el libro de manera que permite situarse a la perfección en la casilla de salida que él mismo propone. Parte de la asunción de una evolución gradual de la conciencia, mediante la cual se fue complejizando todo lo relativo a lo que él denomina indistintamente como “experiencia” o “sensibilidad”. La introducción a la historia del estudio de la mente en animales humanos y no humanos sirve de llave para entender los siguientes capítulos y el repaso que hace permite hacer un recordatorio de

todo lo necesario para acompañarlo en el resto del viaje. Un rasgo que resaltar de manera positiva es el cariz claramente filosófico que el libro presenta en todo momento, algo que en ocasiones se extraña en ensayos sobre filosofía de la mente o de la biología, en los que el sabor de boca que se queda es que poco o nada se diferencia de lo que sería un ensayo puramente neurocientífico o biológico. Esto nunca ocurre con Godfrey-Smith, y lo demuestra una vez más con *Metazoa*. En el primer capítulo, parte de un resumen de las más clásicas teorías de la mente en la historia de la filosofía, pasando desde Aristóteles, hasta Descartes. La finalidad de este repaso, además, es clara: entender cómo se ha dado respuesta a la gran pregunta sobre qué es lo que hace que algo material se considere “vivo”; y, *más aún, cuál es el puente entre esa vida y la conciencia*. Godfrey-Smith parte del descubrimiento de que el *Bathybius Haeckelii* no estaba vivo, sino que era una sustancia inorgánica y cómo este descubrimiento hizo que se perdiese la esperanza en la comunidad científica de poder encontrar alguna sustancia material misteriosa que uniese vida y materia. Los sistemas vivos están compuestos por los mismos elementos químicos que el resto del universo y funcionan según los mismos principios físicos, lo que supone, tal y como señala Godfrey-Smith, un triunfo absoluto del materialismo, según el cual “la actividad vital no se explica en términos de algún ingrediente misterioso, sino en términos de una compleja estructura en una escala diminuta”.

Tras esta aclaración, estamos ya en posición de poder comenzar a estudiar e investigar, dentro de esa evolución que se presupone en términos materialistas, el surgimiento de lo que Thomas Nagel describió en 1974 como “there is *something it’s like* -something it *feels like*- to have a mind” (p. 13). En otras palabras, intentar explicar cómo la experiencia surgió y en qué consiste exactamente. En un nuevo recorrido por dos de las respuestas más conocidas a qué es eso de “tener experiencia de uno mismo”, Godfrey-Smith explica las tesis centrales de algunas de las teorías sobre ello: el pansiquismo y el dualismo de propiedades. El primero sería la defensa de que toda materia tiene conciencia, desde un perro, hasta una roca. El segundo, por su parte, sostiene que la experiencia consciente son propiedades irreductibles y fundamentales de la materia en sí, pero distintas a otras propiedades de la misma, como la masa. Este dualismo ve la experiencia consciente, más bien, como algo que se le añade de manera independiente. Él, en cambio, se posiciona en un materialismo absoluto, que servirá como punto de partida, y no como un cierre reduccionista que muchas veces se presupone de dicha postura.

El autor deja claro dónde están entonces las preguntas interesantes y que aún siguen abiertas. Y es que, incluso habiendo asumido que el materialismo es cierto, todavía queda abierta la cuestión de cómo funciona, pero, estas cuestiones acerca de las experiencias particulares que están envueltas en según

qué procesos cerebrales son tarea de la neurociencia. En este sentido, el libro de Godfrey-Smith es tajante: la finalidad de la filosofía de la biología y de la mente es entender por qué se siente de una manera particular ser lo que somos. Una pregunta clásica (y para nada nueva) dentro de la filosofía de la mente, lo novedoso es, precisamente, entenderla en plural. Ese “somos” es la clave de lo original del campo que intenta abrir el autor. La pregunta no va a estar ya reservada al ser humano, sino que el resto de especies animales entran al área de juego, y la razón es clara: ha sido y sigue siendo arbitrario presuponer quiénes tienen dicha experiencia consciente y quiénes no. Al igual que -según autores como Nagel- no podemos descartar al cien por cien la postura panpsiquista y debe quedarse sobre la mesa hasta que sepamos con exactitud qué es y cómo funciona la conciencia; del mismo modo no tiene sentido descartar a *priori* a ciertas especies de la cuestión. La postura de Godfrey-Smith en este sentido queda totalmente aclarada al final del primer capítulo, en el que especifica cuál es la aproximación de la que va a partir en el resto del libro. A saber, una postura biológica y materialista frente al problema entre mente y cuerpo (p. 16). Sin embargo, no se trata de un materialismo entendido como una visión “menos especial o más pequeña” del mundo (como dice él), en el que se presuponga una reducción de las experiencias conscientes a colisiones y movimientos entre átomos; sino un materialismo que entienda los fenómenos mentales, incluida la experiencia consciente, como la manifestación de una actividad que puede ser descrita por la biología, la química y la física. La experiencia consciente no es, pues, el resultado y el efecto de esos procesos físicos y materiales, sino que es en sí misma esos procesos. En este sentido, el camino queda abierto a sorpresas y, para entender el desarrollo evolutivo que dio lugar al surgimiento de la mente, debemos entender aún hoy la conexión entre lo mental y lo físico.

La asunción de que ese puente entre la vida y la mente la posibilitaba la corteza cerebral responde al hábito de pensar que todas las formas de experiencias tienen que ser la manera de experimentar que posee el ser humano. Todos esos prejuicios deben quedar fuera de una investigación como ésta, cuya finalidad es intentar dilucidar cómo, de un universo de procesos que no son conscientes en sí mismos, surge algo como la mente, que posibilita sentir experiencia. Tanto el dualismo como el panpsiquismo asumen que esto no es posible, que lo mental o la conciencia tiene que ser, o bien algo omnipresente, o bien algo añadido a lo material. Para Godfrey-Smith, en cambio, no sólo es posible, sino que asumir que la experiencia consciente y la mente son procesos biológicos (y no el efecto de dichos procesos) es la clave para entenderlos. En sus palabras: “But those arrangements, once they exist, are not *causes* of minds: they *are* minds” (p. 20).

La finalidad del libro es, por lo tanto, intentar dilucidar las respuestas

ante el puzzle de la mente y el cuerpo, explorando la historia de la evolución y las diferentes maneras de ser un animal y experimentarlo. Lo que continúa es, pues, una serie de capítulos, dedicados cada uno a una especie, centrándose sobre todo en las diferentes formas de subjetividad y en los puntos en el camino en los que se puede ver un cambio reseñable del camino evolutivo.

Los primeros capítulos tras la excelente introducción que supone el primero son dedicados a las especies menos complejas, como esponjas de mar (p. 25), corales (p. 49), anémonas y medusas (entre otras), centrándose en el desarrollo del movimiento muscular de éstas. Explica también el desarrollo de antenas y sensores en los crustáceos, como cangrejos y gambas (p. 77), y la relación de estos sensores con la subjetividad, en tanto que suponen una nueva manera de estar en el mundo. Hay también, cómo no, un capítulo dedicado especialmente a los pulpos (p. 123), en el cual se repasa algunas de las cuestiones ya abordadas en *Other Minds*, aunque haciendo hincapié en el hecho de que los pulpos representan un ejemplo de cómo la evolución no tiene un solo camino con finalidades pre-estipuladas. Estos capítulos dedicados a animales marinos no vertebrados suponen casi un tercio del libro, tras ellos, Godfrey-Smith introduce a los peces (p. 165), aves y mamíferos (p. 229), haciendo referencia a la importancia de la centralización del cerebro, así como observaciones en pacientes humanos y la relación de todo ello con la subjetividad.

La conclusión a la que el autor llega no es una respuesta a todas las preguntas que se propone. No queda respondida la cuestión de qué es la experiencia consciente y cómo es en las diferentes especies de animales. No es, sin embargo, el objetivo del autor y, por tanto, no puede señalarse como una flaqueza del ensayo. Si no me equivoco, la pretensión de Godfrey-Smith en esta obra es abrir camino poniendo sólidas bases para futuras investigaciones, y eso lo hace de manera satisfactoria, tanto a nivel explicativo como a nivel filosófico. El estilo sigue siendo al que nos tiene acostumbrados en obras anteriores, siempre atento a que el lector o lectora no pierda el hilo, introduciendo entre la argumentación filosófica fragmentos en los que ilustra inmersiones de buceo que te hacen viajar al fondo del océano y hacer sentir que estás mirando cara a cara a esas esponjas de mar, medusas o jardines de corales, aportando un deleite estético más allá de lo intelectual. Con respecto a la obra de la que surge este libro, *Other Minds*, ésta supone una profundización en conceptos que no eran protagonistas en aquella y que son centrales a la hora de hablar de mente animal y consciencia, tales como los *qualia*, la memoria y las emociones.

En definitiva y, teniendo en cuenta que la pretensión de Godfrey-Smith es la de asentar territorio que queda aún por recorrer, la conclusión de la obra es más que interesante. No sabemos mucho sobre la consciencia, y muchos de

los grandes problemas clásicos en torno a su estudio -tales como los *qualia*- siguen sin respuesta. Sin embargo, no podemos asumir que la experiencia de la subjetividad humana sea la única manera de experimentar la conciencia que existe y los estudios parecen apuntar a que no es algo que haya surgido una sola vez a lo largo de la historia de la vida en el planeta, sino que ha surgido en diferentes caminos evolutivos, muy distintos entre sí (p. 275). Ahí es donde hay un buen punto de partida para lo que viene: lo que se puede concluir es que la experiencia de “ser” algo no se puede demostrar -o, al menos, no se ha demostrado por ahora- en otros animales, pero mediante el estudio de la historia evolutiva de otras especies parece lógico apostar porque la subjetividad no es exclusiva de los vertebrados, sino que podemos rastrearla incluso en los artrópodos y cefalópodos. Sea como sea, *Metazoa* supone una gran aportación en el estudio de la mente animal, de la experiencia consciente y de la filosofía de la biología, dejando muchas sombras de cosas que no sabemos en el camino, pero un punto de luz por el cual guiarse.

ESPERANZA AGUILAR DE LA MORENA

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Martín. *Michel de Montaigne (1533-1592): La filosofía como ensayo (defensa de los animales)*. Madrid: Sínderesis, 2019, 430 pp. Prólogo de Óscar Parcero Oubiña. Epílogo de Jorge Cendón Conde. ISBN: 978-84-18206-02-3.

La filosofía del Renacimiento suele tener mala fama o, quizás, sería más acertado decir que carece de fama, si por ‘fama’ entendemos una «noticia extendida acerca de algo» (DLE). Y, efectivamente, hay unos doscientos años –cuando no más– en el quehacer filosófico de occidente que aparecen desdibujados, cuando no desconocidos, para muchos aficionados a conocer el devenir de la filosofía occidental, e incluso para muchos profesionales de la filosofía. Aunque no es este el sitio para indagar las razones teóricas de este hecho, sí quiero llamar la atención sobre el hecho de que en muy pocas titulaciones españolas de filosofía hay alguna disciplina dedicada monográficamente a la filosofía del Renacimiento. Y, como resultado de ello, acontece que nuestros estudiantes se gradúan sin un conocimiento, siquiera sea somero, de lo que aconteció en filosofía durante los 197 años que median entre la publicación del *De docta ignorantia*, de N. de Cusa, y el *Discours de la méthode*, de R. Descartes, por citar dos obras cuyo valor es indiscutible. Justamente a paliar, entre otras, esta deficiencia es a lo que viene el inestimable trabajo llevado a cabo por M. González Fernández.